

Luis Millones,
Taky Oncoy: De la enfermedad del canto a la epidemia.
Fuentes para el estudio de la Colonia IV.
Centro de Investigaciones Barros Arana,
DIBAM, 2007, 403 págs.

El trabajo de Luis Millones nos presenta un nuevo estudio e interpretación de las fuentes documentales históricas de Cristóbal Albornoz (el extirpador de la idolatría en el siglo XVI) en relación al Taki Onqoy o Enfermedad del Canto.

En una primera revisión de las fuentes documentales de Albornoz, se plantea que el Taki Onqoy (durante el siglo XVI) corresponde a una rebelión de la población andina a partir de rasgos demoniacos en una vasta extensión geográfica, lo que genera directamente una amenaza al modelo hispano de ordenamiento social y jerárquico religioso, en este sentido, el Taki Onqoy atenta directamente al proceso evangelizador, por lo cual el extirpar esta enfermedad es una necesidad de primer orden dentro de las prioridades de la corona. En este sentido Millones, y a través del estudio de los documentos, identifica un elemento de asenso social y jerárquico dentro de la iglesia católica; la necesidad y búsqueda por “extirpar” esta enfermedad del canto dentro de los andinos, se presenta como una necesidad individual para conseguir intereses de asenso y estatus eclesiástico. En 1587 el Padre Bartolomé Álvarez plantea que el Taki Onqoy ó el canto del enfermo (Talahuso), es una asociación a lo maligno y a lo demoniaco; esta asociación se realiza a partir de los movimientos físicos convulsivos de los andinos, el consumo de la Coca, la poca

u escasa alimentación y la bebida excesiva en el ritual del Taki Onqoy, es decir, los elementos observados por Bartolomé Álvarez se asocian a una secta andina de adoración demoniaca anticristiana y no se percata del sentido de sobrevivencia, de salvación o muerte que adquiere este ritual andino.

La propuesta de Millones a partir del Taki Onqoy, se basa principalmente en la revelación de los Huacas contra el Dios cristiano, vale decir, una sublevación, esta interpretación posee características de una lucha religiosa, conceptual y cultural entre los andinos y los españoles; una lucha histórica desde el sometimiento inca y la imposición de el Dios cristiano por sobre los Huacas, y la articulación de una rebelión Huacas contra el Dios cristiano, lo que conduce a una renovación y reconstrucción de las creencias andinas, es decir un fenómeno religioso reprimido.

La representación divina del espacio geográfico, su extensión y la diversidad de etnias y lenguas, se unifican a partir de la reproducción del modelo inca (mitimaes), es decir, una reorganización del espacio político y económico, en este sentido, la victoria del Inca Yupanqui genera la unificación e implantación de un modelo religioso de Dioses a la población conquistada; desde esta perspectiva, la religiosidad Huari-Chancas impone espacios sagrados para la representación de su religiosidad, lo

que se representa en diversos fenómenos geográficos como cerros y manantiales entre otros, de esta forma, el acercamiento de la población unificada se realizaba a través de los rituales y adoraciones correspondientes a cada Dios y en cada espacio sagrado, es decir, a través de la representación física y una concepción de la vida y la muerte se desarrollaba la unificación cultural, espiritual y terrenal de la sociedad andina.

De esta forma, la unificación Incaica trae consigo políticas de organización basadas en la religiosidad y adoración; se intenta acceder a través de la religiosidad a la aceptación política. A partir de la llegada hispana y su modelo religioso de conquista y distribución socioeconómica, conlleva a un perseguimiento de los andinos por parte de las autoridades eclesiásticas españolas (persecución cultural religiosa), a través del discurso de lo demoníaco en sus prácticas religiosas; todo lo ajeno a las creencias cristianas se asocia a lo demoníaco, a lo indebido y castigado, de esta forma, la representación de lo sagrado, del espacio natural, la conexión con los dioses y la representación de la muerte por parte de los andinos, es sinónimo de malignidad y persecución.

El posterior sometimiento andino por parte de los españoles, no solo establece la reestructuración de un sistema religioso de control, sino, que a su vez, implanta diversos sistemas de distribución de riquezas y de población andina, la que en su mayoría es obligada a trabajar inhumanamente en las minas, esto genera pésimas condiciones y un agotamiento de la población, por consecuencia, los andinos asocian los horrores de la religiosidad católica, la muerte y las miserias a un mismo conducto, lo que influye indirectamente

en la necesidad de resucitar a los Huacas, a sus Dioses y a sus creencias.

Esta necesidad de recuperar las creencias y de resucitar sus Huacas, es acrecentado bajo el proceso de reestructuración económica, social y político hispana, lo que conlleva a la necesidad obligada de la nobleza incaica de ser parte de este modelo cultural, lo que se evidencia en las Panacas (familias nobles incaicas) y en los Curacas, quienes se ven en la obligación de ser parte de esta reestructuración política y religiosa, en este sentido, la negación a sus creencias y la aceptación del catolicismo, genera en una primera instancia la muerte cultural de sus dioses, la derrota de la lucha terrenal y espiritual. Las constantes luchas entre encomenderos, la gran gama de necesidades y precariedades, en definitiva la supervivencia andina, se veía en la necesidad de establecer nuevas redes de organización y lealtad, lo que sería el eje de una posterior religiosidad andina.

De esta forma la unificación andina en torno a la necesidad, a la precariedad, los tormentos y crisis, obliga a establecer lazos comunes entre los andinos; en tiempos de necesidad, producida por esta u otra carencia general, la sociedad andina tenía un ritual de respuesta que unía las poblaciones en una plegaria en común, donde al compartir el dolor se encontraban las fuerzas para seguir viviendo¹.

La necesidad de unificarse religiosamente para la sanación de los males del alma, se agudiza en la década de 1580 tras la aparición y estragos que

¹ Millones, Luis. "Taki Onqoy: de la enfermedad del canto a la epidemia", Centro de Investigaciones Barros Arana, Dibam, 2007, Pág. 37.

causan las diversas epidemias debido a la conglomeración de los indígenas en asentamientos semi-urbanos; este brote de pestilencia, se asocia directamente al catolicismo y al abandono de los andinos a las diferentes huacas (ceremonias religiosas andinas), entonces los males del cuerpo y los males del alma eran producidos por agentes españoles. Posteriormente los sermones de predicadores indígenas postulaban que el abandono de las huacas era un castigo de sus dioses prehispánicos, discurso que motivó la recomposición de los culos huacas, los cuales se establecían en lugares sagrados (espacios geográficos).

A partir de esta interpretación de la peste de viruelas (Muru Onqoy), y su asociación directa a la religión española, al Dios Cristiano, las ceremonias andinas recobran una mayor adherencia y característica ideológica, debido a que se adoraba a un Dios andino y se ofrendaba con figuras Católicas, demostrando un rechazo al cristianismo y un acercamiento al movimiento mesiánico del Taki Onqoy. Entonces, la ceremonia del Taki Onqoy recobra vida, significa sanación a los males españoles, ofrenda a sus dioses prehispánicos la renovación del mundo, por eso la asociación directa del Taki Onqoy como movimiento mesiánico a la interpretación del Pachakuti y la necesidad de recobrar sus costumbres, cultos y creencias, en este sentido, el poder y fuerza de los dioses se sustenta en los propios creyentes.

Los creyentes andinos intentan recobrar cada vestigio de sus creencias y sus huacas, pedazos de imágenes, piedras, etc., con la finalidad de revivir un periodo de felicidad, de abundancia y armonía. Es así como los predicadores andinos son férreos en expresar que los huacas ya no viven en los templos, sino que viven en

las personas y se representan en ellas. esta representatividad se demuestra culturalmente a través de los momentos de éxtasis y trance en que se ven sometidas las personas en las ceremonias (en un estado de trance o extasiados los sujetos son llevados a ciertos lugares totalmente preparados para recibir las bendiciones de sus Dioses, en los cuales son depositadas ofrendas), de esta forma las ceremonias toman un carácter de clandestinidad ante la persecución española, pero un fortalecimiento de las creencias y religiosidad, y de la lucha espiritual, siendo este “canto” (Takiy) la liberación y sanación de males y por sobretodo del rechazo al cristianismo y la presencia hispánica.

La necesidad de recobrar sus creencias y despojarse de la culturización hispana (un nuevo Pachakuti), solo generó que existiera una transculturación en la religiosidad y formas de representación de las ceremonias; es característico que la figura y representación andina se mezcle con figuras religiosas católicas; las informaciones de Cristóbal de Albornoz repiten en varias ocasiones textos similares al de Bartolomé Berrocal, a veces con algunos detalles interesantes como el caso de Diego Romaní que en 1570 dice haber sido testigo de la presencia de seis o siete jóvenes indios que “andaban como tontos y gente que había perdido el juicio... y ciertas indias que se hacían santas y se nombraban Santa María y la Magdalena y otros nombres de santas².

Millones, hace referencia a la proyección cultural que posee el Taki Onqoy en el contexto latinoamericano, y a su vez, realiza una analogía entre la

² Ibídem, Pág. 54.

enfermedad del canto y la posesión de los huacas en los cuerpos de los andinos y la actual conceptualización y simbolismo que el Taki Onqoy posee. En definitiva, intenta exponer más allá de la revisión de los documentos históricos, una perspectiva y una lucha conceptual entre nuestra esencia como sujetos portadores de

creencias y convicciones, las cuales son reemplazadas por virtualismos contemporáneos, y como el concepto de lucha del Taki Onqoy se mantiene y se proyecta a través de los siglos como el regreso a lo íntimo y a lo propio, otorgando un carácter y una cultura orientada a la resistencia.

DANIEL MORENO BAZAES
UNIVERSIDAD NACIONAL ANDRÉS BELLO